

# El Cuerpo de Cristo

## INSTRUMENTO DE SALUD

### según San Ireneo (I)

Por ENRIQUE E. FABBREI, S. I. — San Miguel

#### 5. — *El cuerpo real de Cristo, instrumento de vivificación*

Ireneo se hace cargo del profundo desprecio que guardan todos los gnósticos por el mundo de la materia<sup>80</sup>. Sabe que para ellos Jesús posee solamente un cuerpo aparente, hecho por medio de un arte inefable<sup>81</sup>, y reacciona contra esas teorías decididamente y sin concesiones. No sólo refuta, —a veces con punzante ironía—, el conjunto de sus fantasías<sup>82</sup>, sino también desarrolla toda una teología sobre el oficio salvífico del Cuerpo de Jesúscristo, que se mantiene en los antípodas del falso espiritualismo de los gnósticos.

Todo el operar sobrenatural de Jesús se hace para Ireneo mediante voces y gestos de su naturaleza humana. El Señor pasa los años de su vida pública sembrando el bien en los cuerpos y en las almas, y esa salud corporal dada por sus palabras o ac-

<sup>80</sup> Para ellos todo el mundo material está destinado al fuego y a la desaparición porque es incapaz de salvación: "...ignem vero omnibus iis (elementos materiales) imesse mortem et corruptelam, quemadmodum et ignorantiam omnibus tribus passionibus inabsconsam docent..." (I,5,4, I,48; ver I,5,6,I,51; I,7,1,I,59). El cuerpo es una cárcel según Carpócrates (I,25,4, I,208); para Marción de ninguna manera puede participar de la salvación (I,27,2,I,218), y será consumido enteramente por el fuego (II,29,3,I,361).

<sup>81</sup> Jesús no puede tener ningún elemento material pues éste está condenado al fuego y a la destrucción (I,6,1,I,52; I,9,3,I,85). El Salvador reviste al Jesús psíquico, —modelado por el demiurgo—, pasando por María como el agua por un tubo (I,7,2 I,60; *Extract. de Teod.*, 58-60, *Sourc. Chrét.*, 23, p.176-178). Es decir, no toma ninguna materia de ella, propio de toda verdadera generación humana (I,15,3,I,150; III,11,2-3; Sagn., 182-184; III,16,1, Sang. 276). De la misma manera hablan los secuaces de Saturnino (I,27,2,I,197); de Basílides (I,24,4,I,120); de Marción (I,27,2,I,216); etc.

<sup>82</sup> III,8,3, Sagn., 326,17-19; III,19,1; Sagn., 330,7-10; III,21,1; Sagn., 372,23-27; IV,33,2,II,257; IV,33,5,II,260; V,1,2,II,316; V,21,1,II,381.

ciones es tipo de la salud espiritual que El mismo confiere; así como la enfermedad es un símbolo y un fruto del pecado<sup>83</sup>.

En la curación del ciego de nacimiento ve la imagen de la doble generación hecha por el Verbo. Aprovecha al mismo tiempo la ocasión para afirmar contra los gnósticos que un mismo y único Dios ha creado al hombre y lo ha regenerado y glorificado con la Encarnación del Verbo. La misma mano de Dios, —el Verbo artífice—, que plasmó en el principio al hombre del limo de la tierra y continuamente lo sigue plasmando en el seno materno, en la plenitud de los tiempos asumiendo un cuerpo humano se lanzó a la búsqueda de la oveja perdida, la conquistó, y poniéndola sobre sus hombros la restituyó a la cohorte de vida, que es el redil de los hijos de Dios<sup>84</sup>.

El hombre, en efecto, no siguió una línea recta en el desarrollo de su perfección concedida en germen el día de la creación<sup>85</sup>. La transgresión de Adán sólo retrasó según Ireneo el plan de Dios<sup>86</sup>. Para que Dios no fuera vencido y triunfara la serpiente sobre la voluntad del Padre<sup>87</sup>, el Verbo se hizo carne para reconstruir el plan divino. Así recapitula en Él toda esa larga expectación humana orientada hacia la perfección total, restituyendo para ello lo que habíamos perdido en Adán, la vida del Espíritu, que Ireneo incluye dentro de la expresión "hecho a la semejanza de Dios"<sup>88</sup>. Todo hombre al nacer no

<sup>83</sup> V,15,1,II,365.

<sup>84</sup> V,15,II,365. En la última frase: "et cum gratulatione in cohortem restituens vitae" se puede ver una reliquia de expresión gnosticizante. Pero la semejanza no pasa de allí. Los gnósticos de ninguna manera pueden poner su firma a esta dignificación del cuerpo.

<sup>85</sup> *Demonstr.*, 12, SMITH, 55.

<sup>86</sup> *Demonstr.*, 16, SMITH, 57; 32, SMITH, 68; III,20,1, Sagn., 338; III,23,1, Sagn., 382,15-17.

<sup>87</sup> III,23,1, Sagn., 382,18-22.

<sup>88</sup> III,18,1, Sagn., 319,24-312,3; III,23,1, Sagn., 382. El hombre es hecho a la semejanza divina por la efusión del Espíritu (V,6,1,II,334). Adán tuvo este Espíritu desde el momento de la creación (III,23,1-2.5, Sagn., 382). Se disputa en qué forma lo tuvo (ver A. BENOIT, *Le baptême chrétien*..., p. 209). Parece que de acuerdo a la concepción de Ireneo de un progreso indefinido de la humanidad lo tenía solamente como germen. El Adán histórico, en efecto, se orienta a Cristo y supone que sólo en la contemplación del Verbo encarnado encontrará el hombre su perfección final y real. Por eso dice Ireneo que el reconocimiento ("agnitio") de la Encarnación del Hijo de Dios es la única gnosis salvífica que hace perfecto al hombre (III,12,5, Sagn., 220,24-26). Ver E. PETERSON, *L'immagine di Dio in s. Ireneo*..., p.52-54; J. LAWSON, *The*

es hecho a la semejanza de Dios, porque es engendrado en la transgresión de Adán. El Verbo Encarnado debe hacer sentir su eficiencia sobre él para que así pueda ser "recapitulado" en el plan del Padre. La economía paterna quiere que esta eficiencia salvífica opere por el Verbo precisamente en cuanto encarnado, o lo que es lo mismo mediante su santa Humanidad.

En este planteo se inspira la explicación que da Ireneo de la curación del ciego de nacimiento. El Señor escupe sobre el suelo, hace con la saliva un poco de barro, unta con él los ojos del ciego y le dice: "Vete y lávate en la piscina de Siloé"<sup>89</sup>. Todo es para Ireneo el símbolo de la regeneración sobrenatural<sup>90</sup>.

De la misma manera prosigue ahora el Señor la obra de renovación espiritual del hombre por la acción sacramental de la Iglesia que es la "prolongación" de su Cuerpo en la economía de la Redención<sup>91</sup>. El mismo Jesucristo que con elementos materiales, —imposición de barro sobre los ojos, orden de lavarlos en la piscina—, daba la luz y la salud al ciego de nacimiento, ahora por medio de un simbolismo material, —el baño del agua o bautismo—, concede en su Iglesia la regeneración espiritual del hombre. En ambos casos la eficiencia divina

*Biblical Theology*..., p.140-198; J. DANIELOU, *Sacramentum futuri*, p.27-36. Adán es, en efecto, sólo un esquema, una preformación de lo que será perfectamente Cristo, el Adán pneumático (III,22,3, Sagn., 378,11,19). Ver G. JOUSSARD, *Témoignages peu remarquables de st. Irénée en matière sacramentaire. Rech. des scienc. rel.*, 42 (1954), p.528, n.8 y 9; P. NAUTIN, *L'Adversus haereses d'Irénée; livre III*..., *Rech. de Théol. anc. et méd.*, 20 (1953), p.193-196. Sobre el fin de la Encarnación para Ireneo ver K. PRUEMM, *Göttliche Planung und*..., p.362-363. Como bien se puede deducir para la concepción del santo obispo Cristo lleva el plan de Dios a un fin que trasciende el estado primitivo de Adán inocente, aún en la suposición que el dinamismo de este plan se hubiera podido desenvolver sin encontrar obstáculos.

<sup>89</sup> Juan 9,6-7.

<sup>90</sup> V,15,2,II,365.

<sup>91</sup> V,15,3,II,366. Ireneo habla aquí del bautismo solamente, pero lo dicho se puede aplicar a los otros sacramentos, de los que el bautismo es la puerta. Es digna de notar la relación entre la curación del ciego en la piscina de Siloé y la regeneración operada por el bautismo. En ambos casos se da la luz! Alusión implícita al bautismo como "fotismós", es decir, iluminación operada con la recepción del Espíritu: los ojos del creyente comienzan a ver una realidad infinitamente superior a la que ven sus ojos de carne. El presentar la piscina de Betsaida como símbolo y prototipo del bautismo cristiano es patrimonio común de los Padres: ver TERTULIANO, *de Baptismo*, 5,5. *Sour. chret.*, 35, p. 73,20-74,16; AMBROSIO, *de Spiritu Sancto*, I,7,88, P.L.,16,755.

opera por medio de un cuerpo viviente: el de Cristo y el de la Iglesia. Ambos son instrumentos de una renovación interior: el ciego de nacimiento ve y cree en Dios<sup>92</sup>, el hombre renace a la vida del Espíritu<sup>93</sup>. En efecto, el Espíritu se muestra operante mediante la Humanidad de Jesús ya que se revela brotando de su Cuerpo. El mismo Espíritu enseña por intermedio de Jesús y se declara fiador de todas sus buenas obras y doctrina, como también de su Pasión, Muerte y Resurrección<sup>94</sup>.

El efecto salvífico atribuido al Cuerpo de Jesucristo aparece sobre todo en la realización de su pasión. El Verbo Encarnado se humilla hasta la ignominia de la muerte consumando con sus dolores y su cruz la economía de nuestra salud<sup>95</sup>. Como la muerte fué introducida por un hombre, así la resurrección en la vida del Espíritu se debe a un Hombre que padeció, fué sepultado y resucitó<sup>96</sup>. Por la pasión de su Cuerpo nos concedió la salud dándonos la vida incorruptible<sup>97</sup>.

Contra los gnósticos que ponen en el Señor un cuerpo aparte Ireneo establece la necesidad de que el Cuerpo de Cristo sea de la misma materia que forma el cuerpo humano porque sólo así el hombre puede ser reconciliado con Dios<sup>98</sup>. Al asumir un cuerpo de la raza de Adán, Cristo reconcilia al hombre con el Padre, pues por la carne de su Cuerpo y por el sacrificio de su Sangre hace grato al Padre el ser humano, porque se lo ha asimilado y hecho participar de su misma vida que es la del Espíritu<sup>99</sup>. Esta participación en su vida se hace por la

<sup>92</sup> V,15,3,II,366.

<sup>93</sup> V,15,4,366.

<sup>94</sup> *Demonstr.*, 41, SMITH, 73.

<sup>95</sup> III,18,2, Sagn., 312,4-10.

<sup>96</sup> III,18,3, Sagn., 314,11-24.

<sup>97</sup> II,20,3,I,323.

<sup>98</sup> V,14,3,II,362.

<sup>99</sup> V,14,3,II,362. La partícula "per" indica el papel eficiente del Cuerpo de Cristo en la economía de la redención. Son su carne y su sangre las que dan la vida: "Si igitur caro et sanguis sunt, quae faciunt nobis vitam..." (V,14,4,II,363). Son ellas las que hacen fructificar en la vida del Espíritu: "...ut fructificemus vitae..." (V,14,4,II,363). El cristianismo nunca debe olvidar que su salud le viene del Cuerpo y la Sangre del Verbo encarnado: "Memor igitur, dilectissime, quoniam carne Domini nostri redemptus es, et sanguine eius redhibitus, et tenens caput, ex quo universum corpus Ecclesiae compaginatum, augetur, hoc est,

efusión del Espíritu con el sacrificio de su Sangre y de su Carne. El Espíritu del Padre que en Jesucristo es la plenitud de la vida divina y en el hombre la participación en esa misma vida divina es otorgado a este último por medio del Cuerpo y la Sangre del Verbo Encarnado<sup>100</sup>.

Toda la economía del ser humano está dominada por el símbolo de la Cruz: el plan del Padre fué deshecho por una desobediencia forjada en el árbol y es reconstruido por la obediencia en el leño. Por eso Ireneo ya representa alegóricamente el misterio de la cruz en el mismo momento de la creación. El Verbo, en efecto, que ha creado todo el cosmos lo sobrepasa en largo y en ancho, en altura y profundidad. Con esta figura el Verbo se insinúa como invisiblemente crucificado desde la creación, imprimiendo así la forma de la cruz en todo el universo. Su hacerse visible en la Encarnación no fué sino descubrir el significado de ese misterioso símbolo, declarando con su vida mortal, pasión y triunfo que toda actividad salvífica se realizaría por medio del leño: la cruz selló la creación ordenándola a la redención y vivificación del hombre, nuevo hijo de Dios. Por eso los brazos de la cruz se posan sobre el tiempo y el espacio invitando a todos los descendientes de Adán diseminados por el mundo al conocimiento del Padre, que es la verdadera salud del ser humano<sup>101</sup>.

*carnelem adventum Filii Dei, et Deum confitens, et hominem eius firmiter excipiens...* (V,14,4,II,363). La cita de San Pablo permite deducir que la Iglesia está dotada de esa misma fuerza santificadora del Hijo encarnado, porque es su cuerpo en la tierra.

<sup>100</sup> V,1,2,II,315. Se mantiene siempre una clara y precisa relación entre "el Verbo de Dios tangible y visible, hecho hombre entre los hombres, que viene para abolir la muerte, encender la vida y realizar la comunión de Dios con el hombre" y "la plena efusión de la vida del Espíritu realizada de una nueva y especial manera sobre la humanidad para renovar el hombre en Dios" (*Demonstr.*, 6, SMITH, 51).

<sup>101</sup> *Demonstr.*, 34, SMITH, 69. El efecto salvífico del leño es abrir y dar vida inmortal a los ojos de la fe. Este tema aparece también en la otra obra de Ireneo (ver II,24,4,I,339; V,17,4,II,372). En toda esta concepción se ve el influjo de Justino (ver *Apol.*, I,55, ed PAUTIONY, p.116; I,60, p.124; *Dial.*, 91, ed. ARCHAMBAULT, II,p.86), y de ahí su resabio estoicizante.

## 6.—Presencia vivificante de Cristo en el bautismo

Esta presencia del Cristo vivificante por medio de su Cuerpo se continúa hasta el fin de los tiempos en los sacramentos. La Iglesia es el Cuerpo de Cristo y mediante ella las palabras y acción vivificadora del Verbo encarnado se deja sentir diariamente.

En el bautismo el hombre renace a la vida del Espíritu por el agua santa y la invocación del Señor<sup>102</sup>. La importancia de la “epiclesis”, —que corresponde aquí a lo que hoy llamamos forma en la teología sacramentaria—, es fundamental. El agua es santa y capaz de purificar porque sobre ella pende la palabra vivificante del Señor. La acción concreta, corporal del Señor sigue presente en la Iglesia pronunciada por la boca de sus ministros. No se trata de una simple invocación suplicando a Dios que se digne derramar su gracia. Es la misma palabra del Señor operante y eficaz a cuyo sonido el agua se hace santa, es decir, se hace en cierta manera y en forma transitoria el Cuerpo de Cristo por medio de la cual el Verbo vivificante puede operar y vivificar<sup>103</sup>.

<sup>102</sup> *Frag. griego* XXXIII, II,497. La curación de la lepra de Naamán por el baño del Jordán es el símbolo del bautismo como el camino y la puerta de la salud espiritual del hombre. Por el bautismo el hombre recibe la vida del Espíritu mediante el lavado del agua (*Demonstr.*, 3, SMITH, 49) y es purificado de sus pecados (III,12,7, Sagn.,228,11; *Demonstr.*, 3, SMITH, 49; 73 73). El bautismo es un baño de regeneración (V,15,3,II,366) que introduce en la vida divina (I,21,1,I,181). En una palabra, por el bautismo el hombre se hace hijo adoptivo del Padre por medio del Hijo encarnado en la comunicación del Espíritu. Con la aceptación por parte del hombre de la humanidad real de Jesucristo como salvadora y vivificante, le es infundida por el bautismo el Espíritu de la “nueva vida”, que le revela el misterio del Verbo en su encarnación y en su vida íntima como Hijo de Dios. Por este conocimiento vivificante el Hijo asimila el cristiano a sí, dándole el espíritu de filiación y lo presenta al Padre. Al ver en el cristiano la imagen y semejanza de su Hijo, el Padre le dona el germen de la vida inmortal y el hombre empieza a vivir bajo el ámbito y la luz de esta nueva vida, que culminará con la visión del Padre y de todo lo que brota de Él. Así se explica que Ireneo hablando de la vida del cristiano mantenga la distinción entre “conocer al Verbo” y “acercarse al Padre”. Porque para él mientras el hombre no haya llegado a su perfección final sólo conoce al Padre mediante el Verbo y a Este por medio del Espíritu, que se lo revela en el interior de su ser (ver IV,6,1-6,II,158-162; IV,20,6-12,II,218-224; *Demonstr.*, 6-7, SMITH, 51; etc.). Toda esta operación divinizadora comienza propiamente con el bautismo: en ese momento es infundido el Espíritu en el hombre y empieza a realizar su

Por este baño saludable los cuerpos se unifican de una manera misteriosa pero real al Cuerpo de Cristo, adquiriendo en germen al contacto de este Cuerpo glorioso y vivificante el don de la incorrupción e inmortalidad. Las almas a su vez entran en unión íntima con Cristo por medio del Espíritu, pues es la misma vida divina la que une la Humanidad de Jesús al Verbo y la que hace al hombre hijo adoptivo de Dios. Ireneo nunca se olvida de insistir contra los gnósticos en la glorificación final del cuerpo: Jesucristo es un Espíritu vivificante por medio de su Cuerpo; el cristiano, un hombre unido al Espíritu cuya carne cree y espera en la resurrección final<sup>104</sup>.

Bautismo de agua y bautismo de Espíritu son dos aspectos de una misma realidad<sup>105</sup>. El hombre se hace cristiano al entrar en unión habitual con el Espíritu, que le ha sido dado por medio de un instrumento material. Ireneo lo confiesa claramente: el bautismo de agua, —símbolo de la incorrupción del cuerpo e instrumento visible de un efecto invisible y sobrenatural—, y el bautismo de Espíritu —que confiere la renovación interior al dar la participación en la vida divina—, son igualmente necesarios porque son una sola realidad compleja a lo largo de la cual descende la vida de Dios para el hombre<sup>106</sup>.

obra transformadora. El tema de Namaan es tópico común entre los Padres como uno de los tipos del bautismo. Basta recordar a Orígenes y Ambrosio (ver J. DANIELOU, *Bible et Liturgie*, Paris, 1951, p.151-155; P. LUNDBERG, *La Typologie baptismale dans l'Ancienne Eglise*, Uppsala, 1942, p.17, n.1).

<sup>103</sup> Sobre el tema de Jesucristo como Jordán espiritual, que vivifica a los hombres mediante el agua del bautismo, ya escribiremos.

<sup>104</sup> Lo dice, por ejemplo, de los justos del Antiguo Testamento, que esperan la resurrección en el paraíso: “Quapropter dicunt Presbyteri... eos qui translati sunt illuc translatos esse;... et ibi manere eos qui translati sunt usque ad consummationem, *coauspicantes incorruptelam...*” (V,5,1,II,331). Todo el cuerpo de la argumentación del libro quinto va dirigido a demostrar la realidad de la resurrección de la carne.

<sup>105</sup> Ver F. M. BRAUN, *L'eau et l'Esprit*, *Revue Thomiste*, 49(1949), p.14.

<sup>106</sup> III,17,2, Sagn., 304,18-22. En la nota al pie de la página insinúa acertadamente F. SAGNARD: “Le bain élimine les germes de corruption...” (ibid., p.305, n.3). Esta doble purificación del cuerpo por el don de la incorrupción final y del alma por el Espíritu, producida en el bautismo por el contacto con el Cristo vivificante, vuelve a ser repetida por Ireneo en su *Demonstración*; ver 41, SMITH, 73. Ver A. BENOIT, *Le baptême chrétien...*, p.203; F. J. DOELGER, *Sphragis*, Paderborn, 1911, p. 147.

Toda la eficiencia regeneradora del bautismo nace de la cruz. Ireneo no lo dice claramente, sólo lo toca de una manera indirecta al comentar el episodio del hacha recuperada por el profeta Eliseo<sup>107</sup>, y la bendición de Jacob sobre su hijo Judá<sup>108</sup>.

El primer texto parece demasiado impreciso para poder ver en él una clara alusión al Bautismo que logra su eficiencia vivificante de la fuerza salvadora de la Cruz; pero la interpretación marcadamente bautismal que da a este episodio su maestro y amigo Justino permite conjeturar que esa concepción no es ciertamente ajena a la mentalidad de Ireneo<sup>109</sup>.

<sup>107</sup> II Rey., 6,1-7.

<sup>108</sup> Gén., 49,10-12.

<sup>109</sup> V,17,4,II,371. Parece como si se superpusieran aquí dos planos: uno, más superficial, el del Jordán (=bautismo) vivificado por el leño (=cruz) arrojado por Eliseo y restituyendo el hacha (=el conocimiento del Verbo perdido por la primera prevaricación junto al árbol de la vida). Es decir, la cruz de Cristo daría al bautismo de agua el poder de conferir al creyente el conocimiento vivificante del Verbo encarnado, muerto en la cruz y resucitado; conocimiento que incluye la nueva vida del Espíritu comunicada por medio del agua. Y un segundo plano, más confuso y de colorido escatológico, en el cual el hacha es el Verbo de Dios que viene en la forma del Crucificado glorioso a juzgar a todo el mundo, conforme a la predicación de Juan bautista: "Ya está puesta el hacha a la raíz de los árboles, y todo árbol que no dé fruto será cortado y arrojado al fuego... El os bautizará en el Espíritu Santo y en el fuego. Tiene ya el bieldo en su mano y limpiará su era y recogerá su trigo en el granero, pero quemará la paja en el fuego inextinguible..." (Mt.3,10-12). La imagen del hacha, en efecto, es de uso corriente en el A.T. para designar el castigo divino que se abate sobre los enemigos de Yavé (*Jerem.*, 46,22-23; *Sal.*, 74(73),4-6). En el libro apócrifo de Henoch se describe a los pecadores "cortados en raíz" y "arrojados al fuego" en el juicio final (*I. Henoch*, 91,8, ed. R. H. CHARLES, *The Apochrypha and...*, II, p.262). El mismo tema se conserva en un fragmento griego atribuido a Ireneo. El hacha es el símbolo del alma liberada del pecado y renovada en la vida divina por la virtud salvífica del leño; y en esto el autor repite sin duda el tema tradicional de la catequesis bautismal. Pero es también el símbolo de la glorificación de la naturaleza humana de Cristo por la fuerza triunfante de la cruz, considerada en el cristianismo primitivo como signo del poder divino (ver *Fragm. griego*, XXVI, II,493). El hacha no parece guardar en Ireneo un simbolismo fijo. En efecto, en otro texto estudiado por J. DANIELOU (*La Charrue symbole de la croix, Rech. Sc. Rel.*, 42(1954), p.193-203) no se llega a ver con precisión si el hacha simboliza la naturaleza divina de Cristo, —lo que parece más probable—, o la humana. A pesar de esta fluctuación en el simbolismo del hacha, el fragmento griego citado y el paralelismo con Justino (*Diál.*, 86,6, ed. ARCHAMBAULT, II,p.66) permiten admitir cierta probabilidad en la interpretación bautismal de *Adv. haer.*, V,17,3. Conviene recordar, en efecto, que el bautismo también encierra un aspecto escatológico de anticipación del juicio: ver P. van IMSCHOOT, *Baptême d'eau et baptême d'Esprit Saint, Ephemer. theol. Lov.*, 1936, p.653-666. Así se explicaría el paso instintivo de Ireneo del tema bautismal a la descripción de la obra del Verbo

El segundo texto sirve de complemento a lo insinuado en el anterior. Se habla de un lavarse en la Sangre de Cristo, directa alusión a la Pasión. Por esa ablución los que creen en Él son purificados. Esa Sangre además es llamada "sangre de la uva" porque, como el vino, alegra el corazón de los creyentes. Esta alegría tiene un origen sobrenatural pues no es obra del hombre. Nace del seno del mismo Señor quien ha dado y realizado el signo de Isaías<sup>110</sup>; "Dios con nosotros", el Hijo de Dios hecho Hombre de una Virgen, que se da como bebida al comunicar la vida del Espíritu, causa de alegría imperecedera en el cristiano<sup>111</sup>.

El Bautismo no se nombra, pero el derramamiento de la sangre redentora que lava y purifica a los creyentes y la renovación de estos por el don del Espíritu, supone que Cristo lo está dando a beber por un medio que perpetúe la eficacia de su sacrificio redentor en cuanto purificación y renovación interior del cristiano. El uso que hace Ireneo del verbo "lavar" y su concepción de Cristo dando de beber el Espíritu por primera vez al hombre, —para purificarlo y alegrarlo—, en virtud de la eficacia de su Sangre, permiten concluir que sin mencionarlo se está refiriendo al Bautismo<sup>112</sup>. Porque en la pila bautismal el catecúmeno entra por primera vez en contacto con el Cuerpo inmolado y glorificado de Cristo y surge de

encarnado, crucificado y glorioso, como juez de vivos y muertos. Esta misma idea también se encerraría en otro curioso texto de Ireneo: VI,34,4,II,272. Por la cruz, en efecto, es juzgado el hombre pues ella lo libra del pecado y lo engendra a la vida sobrenatural: el cristiano es ya en germen lo que será si se mantiene fiel.

<sup>110</sup> *Is.*, 7,10-14.

<sup>111</sup> *Demonstr.*, 57, SMITH, 85. La diferencia entre "túnica" y "manto" la sin duda como un simbolismo para indicar los justos de los dos testamentos (ver IV,10,2-3,II,172).

<sup>112</sup> Este mismo texto del Génesis (49,10-11) citado por Ireneo aparece dos veces en los escritos de Justino: *Apol.*, I,32,7, (ed. PAUTIGNY, p. 64) y *Diál.*, 54,1 (ed. ARCHAMBAULT, I,240). No es inverosímil que estos dos textos han servido de inspiración a Ireneo. La relación entre cruz y bautismo se deja deducir: la remisión de los pecados es el fruto de la sangre redentora. Esta remisión se continuará hasta la segunda parusía porque Jesús está siempre presente en su Iglesia con su poder conquistado por su muerte y resurrección. Se sabe, por otra parte, que para Justino la remisión de los pecados equivale frecuentemente a baño bautismal (ver A. BENOIT, *Le baptême chrétien...* p.148-149).

ella como nuevo cristiano que por el lavatorio del agua ha recibido el Espíritu <sup>113</sup>.

### 7. — Presencia vivificante de Cristo en la Eucaristía.

En la Eucaristía brilla de una manera sublime la misma economía redentora del Señor. Toma de las creaturas los elementos por los cuales no sólo transmite su Espíritu, sino que de una manera misteriosa Él mismo se hace realmente presente en ellos para aumentar la vida del Espíritu en el cristiano, unificándolo más íntimamente en el Cuerpo de la Iglesia con la comunión de su propia carne y sangre <sup>114</sup>.

El hombre necesita unirse a Cristo: es este su único medio de subsistencia en la vida nueva que le ofrece el Espíritu. El Señor se supera a sí mismo, si se puede hablar así <sup>115</sup>, y dándose como manjar promete al cristiano no sólo la garantía del crecimiento en la vida del Espíritu, sino las arras de la resurrección final de la carne. Todo el hombre ha de ser salvo: carne, alma, espíritu. Solamente porque la carne será también salva se da como manjar material, —que es el alimento “espiritual” del cristiano—, pues se come y bebe “real y sacramentalmente” esa carne y sangre vivificante. Ireneo no pone en duda que el cáliz de la Eucaristía es la “comunicación de la sangre de Cristo”, y la fracción del pan la “comunicación de su Cuerpo”.

<sup>113</sup> Agua, sangre y Espíritu son las tres características del bautismo; por medio de estos tres elementos Cristo realiza su obra vivificadora en el hombre herido por el pecado original: “En descendant dans l'eau..., on savait qu'on rencontrerait l'Agneau immolé et que de celui-ci se répandrait l'Esprit...” (F. M. BRAUN, *Le baptême d'après le quatrième Evangile. Revue Thomiste* 48(1948), p.357).

<sup>114</sup> IV,17,5,II,197-200. Se puede admitir con HARVEY que cita a GRABE (II,197, n.3) que por primicias se entiende el ofrecimiento del pan y del vino antes de la consagración: “veluti primitias creaturarum, in recognitionem supremi eius super universa dominii”. Pero hecha la consagración no es un “místico Cuerpo de Cristo” que está allí presente, sino el mismo y real Jesucristo que reina glorioso en el cielo en Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad como enseña el Concilio de Trento (D.883). Sólo que está oculto bajo “aliquid panis” y “aliquid vini” llamado “species” por el mismo Concilio (D.884).

<sup>115</sup> “Nihil enim illi ante dedimus, neque desiderat alicuid a nobis, quasi indigens; nos autem indigemus eius quae est ad cum communionis: et propterea benigne effudit semetipsum, ut nos colligeret in sinum Patris...” (V. 2,1,II,317).

Ve en ella el sacrificio perenne de la Nueva Alianza cuya eficiencia salvífica deriva de la Cruz. La razón que da de su convencimiento es digna de atención: si la carne no fuera susceptible de salvación, ni Dios nos hubiera redimido, ni instituido la santa Eucaristía <sup>116</sup>.

Para Ireneo existe un verdadero crecimiento del cuerpo y de la sangre del hombre al entrar en contacto con el Cristo Eucarístico por medio de la comunión <sup>117</sup>. Este crecimiento no es por supuesto un aumento corporal, pero es algo que hace participar a la carne de la vida eterna, y esto precisamente por el contacto vivificante del Cuerpo y la Sangre de Cristo <sup>118</sup>. La carne participa de la vida eterna por el don de la inmortalidad. Por eso, Cristo vivificador de todo el hombre va depositando en el cuerpo humano mediante la Eucaristía los gérmenes de inmortalidad que brotarán y fructificarán el día fijado por la economía del Padre, como brotan las semillas de la vida y los granos de trigo del letargo invernal de los surcos <sup>119</sup>.

<sup>116</sup> V,2,1,II,318. Como siempre, se ve el empeño de Ireneo en probar a los gnósticos que la carne es susceptible de ser penetrada y transformada por el Espíritu, y que no es un deshecho condenada al fuego eterno.

<sup>117</sup> V,2,3, II,319.

<sup>118</sup> V,2,3, II,321.

<sup>119</sup> V,2,3, II,322. El juego de figuras de Ireneo es magnífico. La vida del germen del trigo y del vino es un don del Espíritu de Dios por el que viven todas las cosas. La misma sabiduría de Dios los eleva a un plano divino haciendo del pan y del vino el Cuerpo y la Sangre de Cristo en el momento en que sobre ellos se pronuncia la palabra de Dios (tò lógon toú Zeoú) es decir la epiclesis consagratoria. Así como en el orden material el cuerpo se mantiene viviente por la asimilación del pan y del vino, —símbolo de toda alimentación—, también en el orden de la vida del Espíritu el cuerpo humano se mantiene viviente, es decir, penetrado y transformado por el Espíritu, porque en él va depositando el Cristo vivificante los gérmenes de incorrupción. La Eucaristía es vivificante porque en ella Cristo —por la epiclesis del Verbo encarnado pronunciada por la Iglesia—, se ha hecho realmente presente como vivificador y dador del Espíritu. Y como el Cristo eucarístico es al mismo tiempo un alimento “espiritual, corporal y sacramental”; alimenta “espiritualmente”, porque aumenta en el hombre la vida del Espíritu; “corporalmente”, porque da al cuerpo el germen de la incorrupción e inmortalidad; “sacramentalmente”, porque todo se realiza por medio de un signo material eficaz que hace realmente presente al Cristo vivificador. La virtud del Cuerpo eucarístico de Cristo es dar el Espíritu por medio de la unión real del cristiano con esa carne viviente que da la vida inmortal. Ver F. M. BRAUN, *In Spiritu et Veritate, Revue Thomiste*, 52(1952), p. 489. La Eucaristía es el verdadero “antidotum vitae” (III,19,1, Sagn., 330,10); el “fármakon azanasías”, del cual ya hablaba San Ignacio de Antioquía: “...partiendo de un mismo pan, que es medicina de inmortalidad, antidoto para no morir, sino vivir siempre

La Iglesia hace la Eucaristía. Su oblación es doble: por un lado ofrece las primicias de las creaturas, porque es el sacerdote de la Creación que ha suplantado al levita y no admite mezclas con un culto herético<sup>120</sup>. Por otro lado, ofrece a Dios el sacrificio perfecto, la Eucaristía, pues la Iglesia invoca sobre las primicias de la Creación, —el pan y el vino—, las palabras vivificantes del Verbo Encarnado que hacen presente bajo esas especies al Cristo santificador inmolado y glorioso.

En la Iglesia está presente misteriosamente el Verbo Encarnado, porque la Iglesia prolonga la divina eficacia de su Cuerpo Humano. Él pronuncia continuamente la palabra —*ten epiclesin tou Zeou*— que transforma el pan y el vino en su Carne y en su Sangre. La Eucaristía es vivificante porque las primicias de la Creación han sido vivificadas por la “Palabra” del Señor, que se ha hecho presente a sí mismo bajo las especies. De elementos terrenales: pan y vino, y de un elemento celestial la palabra vivificante del Verbo se hace la Eucaristía. Cristo mediante su palabra eficaz renueva la presencia real de su Cuerpo para que a su contacto los hombres asimilen la perfección de la vida del Espíritu y reciban en sus cuerpos el germen de la incorrupción. Como del pan y del vino la “palabra” de Cristo ha hecho la Eucaristía, así la Eucaristía da al cuerpo del cristiano la esperanza indefectible de su resurrección<sup>121</sup>.

en Cristo Jesús.” (J. SOLANO, *Textos eucarísticos primitivos*, I, Madrid, 1952, p.48). Sobre la unión con Cristo por medio de la Eucaristía, ver P. GAECHTER, *Unsere Einheit mit Christus...*, p.503-532.

<sup>120</sup> VI,18,4,6,II,203.

<sup>121</sup> IV,18,5,II,205. El fin principal de Ireneo es demostrar a los gnósticos el puesto eficaz del cuerpo en la economía de la salud. El mismo Verbo de Dios ha hecho las creaturas de las que toma las primicias para hacer de ellas el signo eficaz de su presencia real entre los hombres. Por eso dice Ireneo que la sentencia cristiana es consistente, pues se ofrece a Dios lo que a Él ya pertenece por la creación, predicando congruentemente con ello la comunión y unidad de la carne y del Espíritu. Es decir, la creatura, —pan y vino—, es buena porque es obra de Dios, por eso el Verbo la dignifica transformándola en su Cuerpo y Sangre eucarístico. Mucho se ha disputado sobre el significado de este pasaje de Ireneo (ver Adh. D'ALEX, *La doctrine eucharistique de st. Irénée. Rech. Sc. Rel.*, 1923, p.24-26; H. D. SIMONIS, *A propos d'un texte eucharistique de st. Irénée, Rev. Sc. Ph. et Th.*, 1934, p.281-292). Se ha querido ver en él la proposición por parte de Ireneo del misterio de la transubstanciación. Creemos, con D. van den EYNDE (*Eucharistia ex duabus rebus constans, Antonianum*, 1940, p.13-28), que no se trata propiamente de este problema ajeno a la mentalidad de esos tiempos. Ireneo sólo establece

Nos encontramos con la misma economía del Bautismo. El Señor sigue santificando por medio de su Cuerpo. Cristo, que es libre de dar la gracia como a Él le plazca, recurre, de acuerdo a las conveniencias de la Encarnación, a una acción por contacto real con su Cuerpo viviente. Así prolonga visiblemente la acción vivificante de su muerte y resurrección mediante el contacto real del cristiano con la Iglesia que es Su Cuerpo, contacto que se realiza principalmente por medio de los Sacramentos. Como la virtud invisible del Espíritu se manifestó visiblemente en su Cuerpo de Hombre, así la participación en la vida del Espíritu por parte del creyente se manifiesta visiblemente por medio de la recepción de los sacramentos<sup>122</sup>. En ambos casos el mismo Cristo vivificante opera soberana y eficazmente por medio de su Cuerpo<sup>123</sup>. La Eucaristía es en esta economía la misma presencia real del Señor; se explica que ella sea el centro unitivo de esta operación vivificante de Cristo por medio de su Cuerpo. Por eso, la Eucaristía es el corazón de la Iglesia: la Iglesia hace la Eucaristía y la Eucaristía hace la Iglesia<sup>124</sup>.

una comparación entre la Eucaristía y el don de la resurrección de la carne. Como el “*lógos tou Zeou*” (= *epiclesis*) es eficaz para hacer del pan y del vino el Cuerpo y la Sangre de Cristo, de la misma manera hará del cuerpo corruptible un cuerpo inmortal: “*Irénée compare son action sur le pain à celle que cet autre autre lógos tou Zeou exercera lors de la resurrection des corps...*” (ibid., p. 26). Solamente no estamos de acuerdo en atribuir este “*lógos tou Zeou*” al Espíritu. Es la “palabra” eficaz del Verbo encarnado que hace de la materia el portador del Espíritu vivificante. En el caso de la Eucaristía las especies de pan y de vino no sólo comunican el Espíritu vivificante, sino son el mismo Espíritu vivificante, pues bajo ellas está oculto realmente presente el Cristo dador de la vida del Espíritu. Este mismo tema ya se encuentra insinuado en Justino (*Apol.*, I,66,1-4, ed. PAUTIONY, p.149).

<sup>122</sup> Toda la vida sobrenatural en la Iglesia brota de los sacramentos: “...les sacrements sont le prolongement de l'Incarnation, destiné à transfigurer le monde, en lui faisant produire une adoration digne de Dieu...” (F. M. BRAUN, *In Spiritu et Veritate...*, p.502-503).

<sup>123</sup> Ver F. M. BRAUN, *Le baptême d'après...*, p. 386-387.

<sup>124</sup> “...Ex his omnibus intelligimus, quomodo Ecclesia ab hoc sacrificio et sacramento eucharistico velut a corde et centro totius vitae suae participet in se ipsa coniunctionem ac compenetrationem humani et divini, dum natura per gratiam, terrena per caelestia, visibilia per invisibilia informantur, sanctificantur et clarificantur...” (B. FRANZELIN, *Theses de Ecclesia Christi*, Romae, 1907, p.319).

## 8. — *El Cuerpo eternamente viviente de Cristo, sacramento de salud.*

Ireneo subraya conscientemente la importancia fundamental del cuerpo inmoldado y glorificado de Cristo en la economía de la vivificación sobrenatural del hombre. Se muestra completamente interiorizado en esta concepción, y aprovecha todas las ocasiones que se le ofrecen para hacer resaltar este aspecto fundamental de la obra salvífica. Sabe que todo el intento de los gnósticos está dirigido contra el cuerpo y la materia, y por lo mismo insiste una y otra vez en la misma idea: si no se salva y perfecciona todo el hombre, —espíritu, alma y cuerpo—, no se salva nada <sup>125</sup>.

El Verbo Encarnado es el eje de la rueda por donde cruzan todos los rayos de las relaciones entre el hombre y Dios. Sólo Él puede abrir el libro paterno y "leerlo" a los hombres. El Padre ha depositado en Él toda potestad y dominio. Como Verbo en el cielo es el ejemplar y artífice del Padre en toda la creación. Como Hombre justo en la tierra es "encontrado sin dolo ni pecado" y nos redime y conquista con su Sangre. Como primogénito de los muertos en los antros subterráneos es el primero que surge victorioso del reino de la muerte, hecho así ejemplar e instrumento eficiente de nuestra resurrección. Toda la creación, y en especial el hombre, puede descubrir su verdadero Rey y Señor en la carne de Cristo donde brilla la luz paterna. Esta carne iluminada señala el camino hacia el Padre y al mismo tiempo concede el vigor y calor necesarios, que es la vida del Espíritu, para avanzar hacia Él. Así el cristiano llega a la incorrupción final donde su ciencia y su vida será la visión del Padre que lo envuelve totalmente en su paterna luz <sup>126</sup>.

<sup>125</sup> V,14,1,II,360-361. El Verbo, en efecto, al hacerse carne para regenerar al ser humano y hacerlo cristiano ha mostrado lo precioso que es el hombre total ante la presencia de Dios: "Tunc autem hoc Verbum ostensum est, quando homo Verbum Dei factum est, semetipsum homini, et hominem sibimetipsi assimilans, ut per eam quae est ad Filii similitudinem, pretiosus homo fiat Patri..." (V,16,2,II,367).

<sup>126</sup> IV,20,2,II,214, "Sapientia" equivale en este texto a Espíritu. Sobre la identidad entre la Sabiduría y el Espíritu en Ireneo, ver F. LOOFS, *Theo-*

Si se tiene en cuenta que todo ese contexto ireniano desarrolla el plan creativo de Dios y sus designios sobre el hombre, se verá la importancia que tiene para Ireneo la humanidad de Cristo. Los hombres son corporales, y el Señor sólo con palabras y acciones corporales les puede revelar el Padre en toda la perfección con que puede ser conocido en esta tierra. Por medio de la "carne resplandeciente" de Cristo el hombre recibe el Espíritu de vida y vislumbra el verdadero rostro paterno de Dios.

Por eso el Cuerpo de Cristo es el arca del Nuevo Testamento, y como el arca material de la antigua alianza está revestido de oro por dentro y por fuera. Su Cuerpo puro y esplendente encierra en sí al Verbo y está abroquelado por fuera con el Espíritu <sup>127</sup>. El oro es aquí el símbolo de la divinidad: Jesucristo es el "Dios con nosotros"; el arca viviente que nos revela a Dios. Por eso su cuerpo deslumbra como el

*philus von...*, p.10-44. Es interesante notar el oficio de orden y ornato atribuido al Espíritu en la obra de la creación histórica, que para Ireneo supone la vocación a la vida sobrenatural. Los textos son innumerables: "...Pater condens et facies omnia... Verbo virtutis suae; et omnia aptavit et disposuit sapientia sua..." (II,30,9,I,368) "...qui fecit et plasmavit... Verbo suo confirmans et Sapientia compingens omnia..." (III,24,2, Sagn., 402,11-14); "...Ministrat enim ei ad omnia sua progenies et figuratio sua, id est Filius et Spiritus Sanctus, Verbum et Sapientia..." (IV,7,4,II,164); "...et ipse (Deus), est qui per semetipsum constituit, et elegit, et adornavit, et continet omnia... Ipse (Deus) a semetipso substantiam creaturarum (es decir, el Padre da el ser), et exemplum factorum (e. d., tomando como ejemplar de su obra al Verbo), et figuram in mundo ornamentetur (e. dd., con la efusión del Espíritu) accipien..." (IV,20,1,II,213); "...omnia Verbo fecit et Sapientia adornavit..." (IV,20,2,II,214); "...Unus igitur Deus, qui Verbo et Sapientia fecit et adaptavit omnia..." (IV,20,4,II,215); "...unus enim Spiritus Dei qui disponit omnia..." (IV,36,7,II,283); "...sapientia vero in eo, quod apta et consonantia, quae sunt fecerit..." (IV,38,3,II,295); "...fabricavit substantiam in te manus eius, liniet te..., et in tantum ornabit te..., si autem non credideris ei, et fugeris manus eius..." (IV,39,2,II,299); "...el Espíritu dispone y da forma... (Demonstr.,5; SMITH, 50). Parecería como si toda esa ordenación que tienen las creaturas a colaborar en la salud y perfección espiritual, fuera obra del Espíritu. Para Ireneo, como vimos, el Espíritu es la misma vida divina en cuanto comunicable; se explica así la atribución de este oficio: la vida orgánica, en efecto, sostiene y dirige las diversas funciones del ser viviente y coordina los distintos órganos entre sí.

<sup>127</sup> Fragm. griego VIII, II,479. Este fragmento se conserva también en una versión siríaca (25, II,479). La probabilidad de que pertenezca a una obra perdida de Ireneo es considerable (ver HARVEY, II,479, n.l.). Hipólito en su *Coment. in Danielelem* toca también fugazmente este tema (IV,24, ed. BONWETSCH, I,1, p.246,,3-6; *Sourc. Chrét.*, 14, p.188).

oro porque en él habita la divinidad, o mejor el Verbo encarnándose realiza una nueva presencia de Dios entre los hombres: hace de su Cuerpo la tienda <sup>128</sup>, el Arca <sup>129</sup>, el Templo donde el hombre encuentra la gloria del Padre transparentada en la faz humana de su único Hijo <sup>130</sup>.

Las dos naturalezas, divina y humana, de esta única Persona se distinguen claramente. Cristo es de oro por dentro, porque está "adornado" con el mismo Verbo. El fragmento trae el término griego "kosméo" igual a adornar, y sabemos que en la teología del santo Doctor todo lo que encierra una idea de orden, armonía y firmeza es atribuido al Espíritu Santo <sup>131</sup>. De ahí que el verbo usado connota la presencia invisible del Espíritu: Cristo está adornado internamente con el Verbo porque su naturaleza humana al ser asumida por el Hijo recibe una unión íntima y personalísima con la naturaleza divina, lo que en la teología posterior se llamará gracia de unión. El Verbo comunicándole el Espíritu, es decir, asumiéndolo y uniéndolo a su vida divina una naturaleza humana la ha adornado con el mayor don posible del Espíritu: la unión en su Persona con la divinidad <sup>132</sup>.

Por de fuera el Cuerpo de Cristo está abroquelado, —recubierto y protegido por el Espíritu <sup>133</sup>—, y por esa razón es también de oro. Ireneo no habla de la simple naturaleza humana, sino de la que está en posesión del espíritu. Y por eso mismo esa naturaleza espeja un reflejo de oro. La alusión al Cuerpo de Cristo como vivificante es suficientemente clara. Todo el contexto lo pide: el Arca era el símbolo de la presencia de

<sup>128</sup> Típica expresión de san Juan (1,14). Ireneo presenta al Cuerpo de Cristo como el tabernáculo de Dios (*Demonstr.*, 62, SMITH, 89).

<sup>129</sup> El arca era el símbolo de la presencia de Dios en el A.T. (*Ex.*, 25,22; *Núm.*, 7,89;10, 33-36; *Josué*, 3,3-4; 6,45; *Jerem.*, 3,16; *Colos.*, 2,16-17; *Apoc.*, 11,19). Ver F. M. BRAUN, *In Spiritu et Veritate*..., p.246-248.

<sup>130</sup> Es la expresión de san Juan: "... y hemos visto su gloria, gloria como de Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad..." (1,14).

<sup>131</sup> Ver n. 126 y E. E. FABRI, *El bautismo de Jesús y la Unción del Espíritu en la Teología de Ireneo, Ciencia y Fe*, 45 (1956), p.7-42.

<sup>132</sup> Orígenes, más tarde, llamará a esta acción el bautismo immanente de Jesús, que se realiza en el Verbo al asumir Éste una naturaleza humana.

<sup>133</sup> Propiamente el significado del verbo "froureó" en la voz media es: estar atento, en vigilancia, preparado para defenderse y como para responder al momento a cualquier orden o llamado de atención.

Dios, Jesucristo es la realidad de esa presencia. Internamente porque su naturaleza humana está en el Verbo, es decir, unida personalmente a Él y adornada plenamente con el Espíritu <sup>134</sup>. Exteriormente porque mediante el reflejo de su Cuerpo comunica al Espíritu, el cual reviste a su Carne como si fuera una coraza reluciente <sup>135</sup>. El mismo Espíritu está "dentro" y "fuera" de Cristo. "Por dentro" es la vida divina en cuanto substrato de la unión de dos naturalezas en una sola Persona; "por fuera" es la vida divina en cuanto ofrecida al ser humano en el seno de una participación misteriosa que radica en el Cuerpo vivificante de Cristo. "Por dentro" se refiere a la Encarnación del Hijo de Dios; "por fuera", a la constitución de Jesús como Salvador. El resplandor de este portento de la economía divina se refleja en los dos planos. Por dentro: el Verbo asumió una naturaleza humana en la unidad de su Persona. Por fuera: el Verbo dona el Espíritu a los hombres por medio de su Cuerpo que es instrumento de justificación <sup>136</sup>.

En un contexto marcadamente mesiánico en el que se explica un texto de Isaías <sup>137</sup> el Cuerpo de Cristo es comparado con el capullo que florece en la vara del tronco de José. La base de esta comparación la encuentra Ireneo en el mismo símbolo de la flor, porque como ésta brota de la fuerza vital de la planta, así el Cuerpo de Cristo produce frutos espirituales por medio del Espíritu de vida <sup>138</sup>.

<sup>134</sup> El misterio de la unión de las dos naturalezas, la divina y la humana, en una única Persona está latente en esta escueta expresión. Ireneo cree firmemente en este misterio y lo confiesa abiertamente; ver: V,14,4,II,363; *Demonstr.*, 20, SMITH, 67.

<sup>135</sup> La figura es sugerida naturalmente por el verbo "froureó", que expresa sensiblemente el "Dominus potens vivificare" de Ireneo (V,3,3,II,328).

<sup>136</sup> Ver J. LAWSON, *The Biblical Theology of Irenaeus*, p.157.

<sup>137</sup> *Is.*, 11,1-10.

<sup>138</sup> *Demonstr.*, 59; SMITH, 86. Se disputa si en este texto la vara representa a Cristo o a la Virgen (*ibid.*, p.195, n.266-267). Parece ser más probable que se trata de la Virgen. Si se admite la vara como símbolo de Jesucristo, —como en los textos de Justino—, se indica, entonces, como todo el poder e imperio de Cristo, —representado por la vara—, se refleja en su cuerpo, hecho vivificante por la virtud del Espíritu. Jesucristo es la vara, —símbolo del poder—, porque está unido personal e íntimamente al Verbo de quien recibe la plenitud del Espíritu; y su cuerpo es la flor, —símbolo de la fructificación espiritual—, porque es capaz de vivificar a los hombres: por su cuerpo, en efecto, el Verbo encarnado irradia al Espíritu de vida para que de él todos los hombres puedan participar.

El texto parece a primera vista referirse únicamente a la Encarnación. Pero cualquiera sea la interpretación que se dé a la vara siempre se mantiene una estrecha relación entre el Cuerpo y el Espíritu: el Cuerpo de Cristo florece porque tiene la vida del Espíritu. Y tal floración se realiza por su intervención eficaz en la vivificación sobrenatural de los hombres, porque en él y por él se comunica el Espíritu de Vida<sup>139</sup>. Hay pues algo más que una referencia a la Encarnación en la mente de Ireneo.

Lo insinuado en el texto citado adquiere consistencia en otras dos metáforas que Ireneo aplica al Cuerpo de Cristo. Su Cuerpo es el tabernáculo de Dios porque Él, aunque en figura es hombre, en poder es Dios<sup>140</sup>, y por otra parte la sombra del Espíritu, expresando esta imagen las diversas acciones del Cuerpo de Cristo en la obra de la Redención: redimirnos con su pasión, ser un reflejo de la gloria del Padre adaptada a nuestros ojos, dar la salud con su contacto<sup>141</sup>.

Esta última metáfora presenta a Cristo como un Espíritu que realiza su obra redentora por medio de su Cuerpo. Todo el ser y la figura de la sombra dependen del cuerpo sólido que la proyecta, y supone una luz. El Cuerpo de Cristo, real y físico, modelado por el Espíritu, —la Sabiduría—, refleja la luz de la divinidad. La sombra encierra para Ireneo un símbolo de debilidad y desprecio: proyectada sobre el suelo o los muros puede ser pisada y desestimada por los hombres. El Cuerpo de Cristo sufre los vituperios y ultrajes de la Pasión y muere pendiente de una Cruz. La sombra incluye además la idea de alivio, refrigerio y protección frente a un calor y una luz demasiado intensos. El Cuerpo de Cristo como pantalla condiciona la gloria del Padre a los débiles ojos humanos, amortiguando

<sup>139</sup> El verbo siríaco que corresponde a "florecer" indica propiamente el dinamismo vital propio de un ser viviente, y se aplica especialmente a las plantas en brote.

<sup>140</sup> *Demonstr.*, 62, SMITH, 89.

<sup>141</sup> *Demonstr.*, 71, SMITH, 93. Sobre los detalles de este texto ver SMITH, p.202, n.302-306. La expresión: "Cristo, siendo Espíritu de Dios" se ha de interpretar: poseyendo Cristo por estar unido personalmente al Verbo toda la plenitud de la vida divina como propia; ver J. DANIELOU, *Christos Kyrios; Une citation des Lamentations de Jérémie... Recherch. de Sc. Rel.*, 39(1951), p.338-352.

las magnificencias de la vida del Espíritu con los suaves resplandores de su Humanidad. Cubierto por esta sombra el hombre vive: basta dejarse tocar por ella para renacer a la salud. Se expresa así su poder vivificador que nace de esos dos elementos a primera vista tan contradictorios que llenan de admiración a la Escritura: la Pasión y Muerte de Cristo y el ser su Cuerpo la habitación y templo del Verbo. Porque Cristo es Dios y porque su Cuerpo es el Cuerpo del Verbo Encarnado, su Pasión y Muerte tienen el valor infinito de la pasión y muerte de un Dios. Por eso su Carne es capaz de renovar espiritualmente al hombre. Por los méritos de su Pasión el Cuerpo de Cristo adapta los ojos y el ser del creyente a la vida del Espíritu. Y se requiere que el hombre enfermo por el pecado entre en contacto real y voluntario con este Cuerpo inmolado y glorificado para que reciba el Espíritu y comience a vivir la vida de hijo de Dios.

Cristo ayer, hoy y siempre puede decir Ireneo con el autor de la Epístola a los Hebreos. Cristo es el eje central de donde pende toda la economía de la Redención y la piedra angular sobre la que se funda todo el culto de la Jerusalén celestial<sup>142</sup>. Ireneo resume esta doctrina en una triple y breve expresión: el Hijo de Dios encarnado por el bien de los hombres es el Salvador, la Salvación y la acción salvadora<sup>143</sup>. Salvador como Hijo y Verbo de Dios, acción salvadora porque es Espíritu, salvación porque se ha hecho carne<sup>144</sup>.

En primer lugar estos títulos corresponden a Jesucristo en cuanto Él desempeña una misión con los hombres. Ninguno es Salvador, saludable o salvación para sí mismo<sup>145</sup>. Ireneo lo llama así porque realiza una acción bienhechora para los seres humanos. conviene por lo tanto considerar al Verbo, al Espíritu y al Cuerpo de Cristo guardando cierta relación con los hombres a quienes viene a salvar y santificar. En el conocer esta concreta realidad salvífica del Hijo de Dios está la verdadera "gnosis

<sup>142</sup> Ver F. M. BRAUN, *In Spiritu et Veritate...*, p.492-497.

<sup>143</sup> "...sed agnitio salutis erat agnitio Filii Dei, qui et Salus, et Salvator, et Salutare vere et dicitur et est..." (III,10,3, Sagn.,168,16-18).

<sup>144</sup> III,10,3, Sagn.,378,18-19.

<sup>145</sup> "Cum enim praexistere salvans, oportebat et quod salvaretur fieri, uti non vacuum sit salvans..." (III,23,3, Sagn.,378,18-19).

soterías", opuesta a todas las degradaciones "eónicas" de los gnósticos <sup>146</sup>.

El cristiano según Ireneo obtiene la salvación por el conocimiento del Hijo, y la causa que opera este conocimiento revelador y salutar es el Verbo Encarnado, por eso el Señor es llamado Salvador <sup>147</sup>. Jesucristo trae la salud al hombre que lo recibe con la Fe, infundiéndole el Espíritu de Vida, por eso llama a su acción salvadora y a todo su ser divino encarnado saludable, pues es "antidotum vitae" <sup>148</sup> para renovar al hombre en la vida de Dios <sup>149</sup>.

<sup>146</sup> Toda la fuerza de la argumentación de Ireneo contra los gnósticos está en demostrar que este nuevo nacimiento, resurrección y liberación del hombre, y su entrega a la vida divina es la obra del mismo Dios que ha creado y ordenado toda la materia. La fresca limpidez de la nueva vida está en la efusión del Espíritu de una manera diferente, plena y permanente, pero para llevar al mismo hombre, que se había desviado de Dios por el pecado, al mismo Dios Padre por medio del cuerpo inmolado y glorioso de su Unigénito encarnado: III,10,2, Sagn.,166,9-14; III,10,6, Sagn.,176,13-15; III,12,15, Sagn.,248,18-21; III,16,6-7, Sagn.,292-294.

<sup>147</sup> Téngase en cuenta que Ireneo dice: "quoniam Filius et Verbum Dei" (III,10,3, Sagn.,170,1): es una misma realidad simplicísima que presenta dos aspectos. El Hijo lleva al cristiano desde la luz de la fe a la unión con el Padre por la visión; y el Hijo es el mismo Verbo que se revela como Hijo unigénito del Padre al infundir el Espíritu en el hombre mediante su cuerpo inmolado y glorificado (IV,6,5,II,160; léase todo el contexto: II,158-162). La imagen del Hijo conduciendo el cristiano al Padre es un tema que aparece frecuentemente en la pluma de Ireneo: III,6,2, Sagn., 132,20-22; 11,5-6, Sagn.,188; 13,2, Sagn.,256,8-9; IV,5,1,II,154; 13,1,II,181; 20,1,II,212; 20,4,II,216; *Demonstr.*, 5; SMITH, 50; 47, SMITH, 78). El Verbo es también llamado "saludable" (III, 9,1, Sagn.,154,4-8). El nombre está bien dado. Jesucristo es saludable porque comunica al Espíritu; pero puede comunicarlo porque está unido personalmente con el Verbo. Para Ireneo el Verbo es el prototipo y ejemplar de toda acción salvadora; y se manifiesta como tal al hacerse visible por la encarnación. Esta acción condescendiente del Verbo para con el hombre es la indicada precisamente con el nombre de saludable. De la misma manera es llamada saludable toda la acción interior que el Verbo opera por su humanidad en el ser del catecúmeno y del bautizado. Pero conviene tener en cuenta que Ireneo nunca separa la carne de la acción vivificante del Verbo: por medio de su cuerpo el Verbo encarnado dona la salud espiritual: ver III,16,3, Sagn., 22,24-26; 20,4, Sagn.,346,1-10 y III,12,5, Sagn.,216,10-17.

<sup>148</sup> III,19,1, Sagn.,330,10.

<sup>149</sup> Ireneo ha escogido una buena cita bíblica para ilustrar su pensamiento: "Spiritus enim, inquit, faciei nostrae Christus Dominus" (III,10,4, Sagn., 170,2). "Spiritus" es aquí aliento, es decir, el aura vital con que Dios llama a la vida al cuerpo de Adán, modelado de la "arcilla". La imagen antropomórfica de Adán recibiendo en su rostro el soplo vital del Padre se renueva, según Ireneo, en la nueva economía al soplar Jesucristo sobre el rostro del hombre para comunicarle el Espíritu de vida sobrenatural. Y por esta acción Cristo es llamado *Salvador*. Ver J. DANIELOU, *Christos Kyrios. Une citation...*, p.351-352. En

Finalmente, Jesucristo es salvación porque algo concreto, tangible y palpable se ofrece al hombre con la encarnación del Hijo de Dios <sup>150</sup>. El Verbo se hace carne, sacramento, Eucaristía porque la carne humana es susceptible de salvación y glorificación.

La concepción del Verbo comunicando su Espíritu por medio de su humanidad inmolada y glorificada expresa el fundamento y dinamismo vital que gobierna toda la economía soteriológica de Ireneo. Jesucristo, Dios y Hombre, es el Salvador porque su carne puede verificar y santificar <sup>151</sup>.

otras palabras, Cristo es el Hombre-Dios ungido por el Padre para dar la salvación por la comunicación de su Espíritu, que brota de su cuerpo viviente.

<sup>150</sup> Sólo porque el Verbo se ha hecho visible y concreto le ha sido posible al hombre comprender el plan del Padre; ver V,1,1,II,314.

<sup>151</sup> Por vivificar entendemos el aspecto negativo de remisión de los pecados y, sobre todo, el positivo de infusión del Espíritu; por santificar, la marcha progresiva del cristiano hacia la unión con el Padre en la visión.